

ALBERTO MARTÍN BARÓ

Cómo hablamos y escribimos



ÍNDICE

Presentación , <i>por Jesús Martínez Calle</i>	11
Usos cambiantes de las palabras y de las expresiones	17
Palabras en auge	19
Modas del habla	21
Economía expresiva	25
Mensajes SMS	27
Los más	29
Personas humanas	31
Los santos y el calendario	33
Encabezamientos	35
No solo cuestión de oído	37
Mimetismo	39
Nombres sobrevenidos	41
Blindajes	43
Cocinilla	45
¿Todo bien?	47
El laicismo	49
El sudoku	51
Numerología	53
A propósito del pelo	55
Calidad de vida	57
Esto es lo que hay	59
Mundo maravilloso	61
Te cuento	64
Letras recuperadas	68
Pregones	72
Las redes sociales	74
La brecha	78
Funciones del lenguaje	83
Imágenes, ideas, palabras	85

¿Existe el lenguaje objetivo?	88
El lenguaje verbal y las artes	91
La palabra devaluada	94
Palabras para todo	96
El escritor	100
Hablar bien	102
Servicios automáticos	105
De qué hablan	108
Soliloquio	112
Plan de vida	116
Intérpretes	119

Algo más que gramática **123**

El láismo y la claridad	125
El léismo y el loísmo	128
Acentos	130
En la sala de espera	132
Los puntos	134
El refugio de los puntos suspensivos	138
Siglas y más siglas	140
Concordancia	144
Errores persistentes	148
Cambios ortográficos de la Real Academia	154
El abecedario	163

Las palabras y sus significados **167**

Diccionarios	169
Caídas	171
Del chascarrillo al refrán	173
De ciencias, nada	175
La ilusión	177
Señor	179
El gazapo	181
La manga riega	183
El asombro	185
Lo imprevisto y lo entrevisto	187

Palabrotas	190
La rutina	193
El suelo	196
La curiosidad	199
Frentes	202
El celo y los celos	205
Síndromes	208
Operarios	212
La calle	216
El sueño y los sueños	219
Estancamiento	223
¿Dos Españas?	227
El mitin	230
Eclecticismo	233
El español y la influencia de otras lenguas	237
Latines	239
¿Por qué fútbol?	242
El inglés de cada día	244
Falsos amigos	246
Anglicismos a la carta	249
El prestigio de lo francés	254
El italiano y la música	260
Cómo empezamos a hablar	265
Nuestros antepasados homínidos y los niños actuales	267
Las primeras palabras	270
Indicios y evolución del habla	274
Lo innato y lo adquirido	279

Palabras en auge

Hay palabras y expresiones que, por razones a menudo difíciles de explicar, adquieren una preponderancia tal que las lleva a ampliar su campo de significación. Esto está ocurriendo con la preposición *desde*.

Todos conocemos los usos admitidos de esta preposición. Así, se emplea para indicar el tiempo o el lugar de que procede, se origina o se cuenta algo: *Está enfermo desde la semana pasada. Me envió una postal desde Nueva York. Desde Segovia a San Rafael hay 30 kilómetros.* También se usa para introducir una opinión o un enfoque: *desde mi punto de vista.*

Pues bien, a estos usos se suman últimamente giros en los que *desde* adopta un sentido modal o instrumental, como *desde la firmeza y la tolerancia, desde la solidaridad, desde el diálogo.* Queda mucho menos enérgico y contundente decir, por ejemplo: *con firmeza y tolerancia, por solidaridad, mediante el diálogo.* La triunfante preposición *desde* está fagocitando a sus hermanas más hu-

mildes *con* y *por*, y a locuciones preposicionales como ‘por medio de’ o ‘a través de’.

Este fenómeno por el que un vocablo ensancha su espectro semántico es muy frecuente en la historia del lenguaje. Otro caso reciente lo tenemos en el término *género*. Aunque la Real Academia Española insista en que *género* en castellano denota una categoría gramatical de las palabras, por la que pueden ser de género masculino, femenino o neutro, y no el sexo de las personas, ya no hay quien cambie la denominación de la *Ley de Violencia de Género*.

Según el *Diccionario panhispánico de dudas*, en los años setenta del siglo XX, por influencia de ciertos estudios feministas, se comenzó a utilizar en el mundo anglosajón el término *gender* (*género* en inglés) para aludir a una categoría sociocultural, mientras que con el vocablo *sexo* se designa una condición meramente orgánica, biológica. Dicho diccionario, en vez de la expresión *violencia de género*, recomienda las alternativas *violencia contra la mujer*, *violencia doméstica*, *violencia de pareja* o *violencia por razón de sexo*.

Son batallas perdidas. La Academia intentará, ‘desde la firmeza’, mantener su criterio, pero acabará incluyendo en sus diccionarios, entre las acepciones de *desde*, el significado de *mediante*, *a través de*, *por medio de*, y en la voz *género*, ‘el sexo de las personas y demás seres vivos’. Y si no, al tiempo.

Modas del habla

A menudo me entretengo en tomar nota de voces y expresiones que se prodigan en los medios de comunicación en virtud de las modas que afectan al lenguaje o, mejor dicho, al habla común. Voces y expresiones que son más o menos afortunadas o desafortunadas, pero que por su reiteración acaban hartando a muchos observadores atentos a los modismos con los que se expresan repetidamente los políticos, los famosos y la gente de la calle, y que se reflejan en la prensa, en la radio, en la televisión y en ese mundo insoslayable de las redes sociales.

Con la locución *mover ficha* se insta a una persona o entidad a responder a un movimiento o a una acción previa de otra persona o entidad, trasladando así a aquel sujeto la responsabilidad de lo que esté en juego. En juego, sí, pues del juego está tomada esta expresión. “Artur Mas presiona a Rajoy para que mueva ficha en el ‘pacto fiscal’ catalán”.

Estrecho parentesco con *mover ficha* guarda la frase *estar la pelota en el tejado de otro*, o sea, que a este otro le toca tomar una decisión sobre un asunto pendiente. “Yo he hecho mi parte. Ahora la pelota está en tu tejado”. Ya se usaba la combinación de pelota y tejado en el modismo *estar la pelota en el tejado*, con el significado de estar pendiente de resolución un asunto o negocio, lo cual se entiende porque, si una pelota se encaja en un tejado, no se sabe de qué lado puede caer o si caerá. Pero al añadir a tejado un posesivo, la metáfora no resulta muy feliz. La locución inglesa *The ball is in your court*, “La pelota está en tu campo”, tiene un pase. Pero ¿cuántas veces nos hemos subido al tejado de nuestra casa a recoger una pelota que había caído en él?

Si nos marcan la *hoja de ruta*, no tendremos más remedio que seguirla, como un vendedor al que le asignan un recorrido de clientes. Esta hoja de ruta es un mal calco, una mala traducción del inglés *roadmap*, literalmente “mapa de carreteras” y, en sentido figurado, plan de acción, estrategia. “Hay una hoja de ruta para salvar el euro”. Según los casos, sería mucho más sencillo y más conforme con la lengua española utilizar los vocablos plan o proyecto.

Si decimos que hemos *pasado por* tal calle o tal sitio, queda claro que hemos ido a esos lugares y no hemos permanecido en ellos. También se utiliza *pasar por* para indicar que alguien o algo atraviesa una determinada situación: “Mi amigo ha pasado por una mala racha”. Pero actualmente lo que se lleva es otro uso del verbo pasar con la preposición por. Así leo en un artículo de opi-

nión: “La regeneración moral de la política pasa por decirles la verdad a los ciudadanos”. Aquí el giro *pasar por* no entraña un movimiento de ningún tipo, sino que equivale a requerir, exigir, necesitar y no me parece una expresión acertada.

Como tampoco lo es *poner en valor*. Si con este verbo y complemento preposicional se quiere destacar, realzar algo, úsense estos verbos u otros sinónimos. Y si lo que se pretende es hacer valer, valorar algo, darle valor, pues utilícense estos giros, y no ese *poner en valor*, probablemente calco del francés *mettre en valeur*.

Hay quien se cree muy original avisando que algo se hará *sí o sí*, dando a entender que no hay alternativa, que “el Gobierno tomará tal decisión, *sí o sí*”.

Vamos, que lo hará aunque se traspasen *las líneas rojas* que algunos fijan como límites a la actuación de personas o instituciones. “Las líneas rojas que ningún gobierno debe traspasar son la sanidad, la educación y los derechos sociales”. ¿Por qué *líneas rojas*? Ni siquiera la policía cuando precinta o acordona el escenario de un crimen pone cintas rojas, sino amarillas.

Bueno, si estos modos y modas del habla no nos gustan, deberemos *cambiar de chip*, o sea de mentalidad o de actitud.

Como también *cambia de look* alguien cuando no se encuentra a gusto con su aspecto físico, con su peinado o con su atuendo.

¿Qué vigencia tendrán estas expresiones? ¿Serán *sostenibles* cuando hoy todo —el desarrollo, la creación de empleo, el consumo, las fuentes de energía, etc.— tiene que ser *sostenible*? El tiempo lo dirá.

Yo aquí me he limitado a consignar lo que leo u oigo, añadiendo mi juicio sobre tales palabras y locuciones. Juicio que en unos casos está más fundado y en otros, lo reconozco, es cuestión de una apreciación mía discutible. Pues déjenme *ir a mi bola*. Y si nada de lo dicho les interesa, *pasen página*, que es lo mejor que se puede hacer *con la que está cayendo*.

Economía expresiva

Los políticos, y no solo ellos, acostumbran a dirigirse a sus oyentes como *ciudadanos y ciudadanas, compañeros y compañeras, vascos y vascas*, o alterando el orden de los factores, *ciudadanas y ciudadanos*, etc.

En numerosos libros de texto y guías didácticas, los autores, con la loable voluntad de no discriminar al sexo femenino, se refieren cansinamente a *los alumnos y las alumnas, el profesor o la profesora*.

Consideremos adónde nos llevaría este desdoblamiento de los sustantivos en su forma masculina y femenina si se aplicara de manera consecuente a todas nuestras expresiones. *Los trabajadores y las trabajadoras de tal empresa. El Colegio de Abogados y Abogadas. El Consejo de Ministros y Ministras. La Organización de Consumidores y Consumidoras, Usuarios y Usuarías*. Si además el sustantivo va acompañado de un adjetivo, tendríamos que decir: *los alumnos suspendidos y las alumnas suspendidas*.

Se olvida en esta moda que, en castellano, con el sustantivo de género masculino podemos aludir a las personas de ambos sexos. Si digo *Los alumnos han salido al recreo*, no quiero indicar que las alumnas se han quedado en clase, sino que todos los escolares, chicos y chicas, están en el patio. Este uso del lenguaje no supone una discriminación del sexo femenino, sino que es una aplicación de la ley lingüística de la economía expresiva.

Algunos ingeniosos han comenzado a usar el símbolo de la arroba (@) para evitar tan engorrosas como inútiles repeticiones, creyendo ver en ese signo la grafía de las vocales *a* y *o*: **!@s alumn@s*. Y ¿qué hacemos con los sustantivos masculinos que no acaban en *o*, como *trabajadores*? Aparte de que la arroba no es un signo lingüístico, dejémonos de inventos innecesarios.

Más importante para el reflejo en el lenguaje de la deseada igualdad entre hombres y mujeres es, a mi juicio, el uso de los femeninos de las profesiones, uso al que incluso algunas mujeres aún se resisten: digamos la médica y no la médico, la catedrática y no la catedrático, la ministra y no la ministro.

Incluso con palabras que son comunes en cuanto al género, es decir, tienen una sola forma para el masculino y el femenino, como el/la juez, se ha formado un femenino específico, la jueza, que la Academia no rechaza. Pues yo tampoco.